

pasado.

Por ese motivo los de Chicago no consideraban al marxismo su auténtico enemigo. La verdadera fuente de sus problemas estaba en las ideas de los keynesianos en Estados Unidos, los socialdemócratas en Europa, y los desarrollistas en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. Toda esa gente no creía en la utopía, sino en economías mixtas, que a ojos de Chicago no eran más que horribles bati-burrillos de capitalismo para la fabricación y distribución de productos de consumo, socialismo en la educación, propiedad del Estado en servicios básicos como el agua y de toda clase de leyes diseñadas para atemperar los extremos del capitalismo. Según el FMI entre 1981 y 1983; entre 1984 y 1987, en el momento álgido de la crisis de la deuda, fueron 140 los *shocks* de precios registrados en países en desarrollo, los cuales contribuyeron a hundir a éstos aún más en el pozo de la deuda. En el esquema freidmaniano coexistían como naturales la libertad económica y el terror político (p. 138). Como afirmó Eduardo Galeano en 1990: "Se metía a la gente en la cárcel para que los precios pudieran ser libres".

* Docente-investigador de la UACJ.

¹ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós, Barcelona, 2007, p. 28.

² *Ibid.*, p. 30.

³ *Ibid.*, p. 35.

⁴ *Idem.*

Recuento

El golpe de Estado en Honduras y la reelección

Víctor Orozco*

Son muy pocos los países en el mundo que en su sistema admiten la reelección indefinida del titular del Poder Ejecutivo. Entre ellos se encuentran Burkina Faso, Costa de Marfil, Chipre, Egipto, Francia, Islandia, Cuba, Kazajastán, Mauritania, Palestina, Singapur, Siria, Turkmenistán y Zimbabwe. En la mayoría se acepta una reelección limitada a dos periodos constitucionales. Y en los menos, hay una prohibición absoluta, como es el caso de México y de Honduras. En este último país, la Carta Fundamental consigna como uno de sus artículos "pétreos", es decir, inmodificables, el obligado cambio de ocupante de la silla presidencial. Al parejo, sin embargo, establece que *el pueblo es soberano*, como lo hacen todos los códigos políticos modernos, de donde se deriva que éste puede alterar incluso la forma de gobierno.

El argumento central de los golpistas que depusieron al presidente Manuel Zelaya es que éste violentó la Constitución al pretender reelegirse. No hay ningún acto del funcionario defenestrado que así lo pruebe, de allí que el argumento haya quedado como una pifia para todos los gobiernos y para los organismos internacionales. Igual ha sucedido con todos los juristas que lo han examinado, quienes coinciden en que si ese fuera el caso, la propia normatividad hondureña, como sucede en el resto del mundo, establece procedimientos constitucionales para enjuiciar al presidente cuando éste vulnera la legalidad. En Estados Unidos se conoce el *impeachment*; en México, el juicio político. Por esta razón es que los autores del golpe intentaron cubrirse falsificando una carta de renuncia de Manuel Zelaya.

Se trató lisa y llanamente de un asalto al orden jurídico, a la manera de los incontables que se han acumulado en la historia latinoamericana. Internamente, el derrocamiento concitó las adhesiones esperadas: de aquellos que lo fraguaron en la cámara legislativa y en la Suprema Corte, de las cúpulas empresariales, el ejército y la jerarquía eclesiástica, es decir, de los mismos que han estado atrás de los cuartelazos en Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia... Unos son los *leguleyos*, otros los del dinero, otros los de las armas y otros los de los favores celestiales. A todos los unifica el poder. El único actor que ahora no estuvo presente, fue el gobierno norteamericano, aunque dentro de la administración de Obama, hay quienes se inspiran en aquella cínica y desafortunada expresión de Franklin D. Roosevelt, quien dijo de Anastasio Somoza: "Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo

(Continúa p. 48)

de puta". La otra novedad es el espantajo que ahora se agita: "Hugo Chávez está en camino de convertirse en el dictador de toda la América Latina". Los patrones han cambiado un poco, hasta hace dos décadas se justificaban y bendecían los baños de sangre y las guerras sucias acudiendo al expediente del miedo al comunismo. Ahora, a los gobiernos que han dado un giro a la izquierda se les hace aparecer como títeres de Chávez. También se hizo en México con la candidatura de López Obrador en 2006. Hasta se apoya la entrega de bases al ejército norteamericano en Colombia, "para frenar a Chávez". Insólito.

Chávez ha promovido la reelección del presidente en Venezuela, igual lo han hecho Evo Morales en Bolivia y Correa en Ecuador. Antes lo hizo Uribe en Colombia, quien está a punto de alcanzar la reforma constitucional para poder competir en un tercer periodo. Arias ya había sido presidente en Perú y Lula ocupa el cargo por segunda vez en Brasil. Reecciones hay en varios países del Caribe, entre ellos, de manera destacada, Cuba. Estados Unidos limitó a una sola vez la reelección del presidente en 1947. En México quedamos espantados con la permanencia de Porfirio Díaz en el Palacio Nacional por treinta años, a grado tal que el lema oficial incluye la no reelección como un paradigma.

Este variado panorama dice que la no reelección en sí misma no significa mayor o menor democracia, o mayor o menor respeto a los derechos ciudadanos o mayores o menores ventajas. Sin embargo, la experiencia mundial aconseja que se le pongan límites al tiempo en que una persona puede estar al frente de un país, incluso cuando el régimen tiene como origen a una revolución, que debe consolidar los cambios. La mejor garantía de su perdurabilidad es la construcción de organismos e instituciones públicas afianzadas en la propia sociedad. Hasta hoy, no existe ningún sistema de mando unipersonal que haya subsistido mucho tiempo más allá de la muerte de su titular. También la historia enseña que con los años, los gobernantes tienden a la arbitrariedad y al despotismo. Hay casos extremos de tiranías en los dos polos, como los de Stalin y Franco.

En Honduras, el dogma de la no reelección, ha servido como pretexto para incubar y ejecutar el golpe de Estado, ante las posibilidades de cambios

abiertas por el gobierno de Zelaya. Las medidas tomadas por éste para acabar con las corruptelas de los grandes negocios con las empresas públicas y modificar la política económica de mantener salarios de hambre, espantaron a los beneficiarios del régimen a tal grado, que se decidieron por el golpe de Estado, resentidos además porque uno de los suyos se había mudado de trinchera.

La restitución del mandatario hondureño en su puesto, aparece bastante improbable en el corto plazo. Los golpistas han quedado aislados, sin embajadas ni relaciones exteriores, pero en su ayuda están acudiendo organismos y personajes de la extrema derecha, sobre todo la norteamericana, pero no sólo. En los países latinoamericanos, también han encontrado defensores y apoyadores, como un sector de empresarios y políticos guatemaltecos ultraderechistas que acudieron a expresarles directamente su solidaridad. Puede que el gas les dure al menos hasta las elecciones próximas, para tratar de legitimar a un nuevo gobierno.

En el interior, desde los primeros días del golpe se ha generado un vasto movimiento popular que ha enfrentado con decisión este intento de prolongar el sistema de privilegios e injusticias. Forman parte de esta oleada, profesores y estudiantes universitarios, obreros, campesinos, colonos urbanos. Por sus declaraciones y documentos, nos percatamos que conciben el retorno a la legalidad constitucional como la puerta para abrir paso a los de abajo, a un nuevo gobierno que responda a los reclamos de la mayoría. Uno de estos documentos proveniente de una organización de las mujeres señaló el pasado 27 de agosto:

Las Feministas en Resistencia nos mantenemos, junto con todos los sectores levantados en esta lucha popular, y como integrantes del Frente Nacional de Resistencia contra el golpe de Estado, en la resistencia pacífica y activa hasta que el orden institucional sea restablecido en el país y los avances en todos los ámbitos ganados por las mujeres históricamente sean restituidos.

El desenlace positivo de este episodio de la historia centroamericana, pende de estas luchas y no de la benevolencia de Barack Obama, a quien Zelaya le ha exigido que lo reinstale, en una actitud de poca dignidad e inconsecuencia.

*Docente-investigador de la UACJ.